



CAPITULO XVIII.

Se da libertad á los prisioneros.—Se resuelve favorablemente una representacion de los vecinos de Matamoras sobre lo mismo.—Pide adelantarse para Guadalupe Victoria con su brigada, el general Urrea.—Marcha para Matamoras, el teniente coronel Cuevas.—Disposiciones de marcha.—Arroyo de San Diego.—Junta de guerra.—Indignacion de los generales y gefes contra los murmuradores.—Moderacion de Filisola.—Allí le roban sus mulas y caballos de silla.—Regresa el correo que fué á Béjar.—Encuentran algunos víveres en el arroyo de la Navidad.—Se aumentan los enfermos.—Oficio de Urrea, en que manifiesta el abandono de Matagorda por el coronel Alcérrica.—Llegan á Guadalupe Victoria.—Reconocimiento del punto.—Locura del coronel Alcérrica.—Marcha Urrea con su brigada para Matamoras.—Instrucciones que llevó.—D. N. Leon.—Dimmite.—Se compran algunos costales de maiz.—Marcha la division para Goliad.

De aquel punto, con la intencion de proporcionar mejor trato y seguridad á nuestros prisioneros, por parte de los enemigos, se dió libertad á catorce individuos de varias naciones que se habian cogido en diferentes partes; con lo que tambien se ahorraba de emplear soldados que los custodiasen, y de que ayudasen á consumir lo poco que quedaba de subsistencia.

Con el mismo objeto se resolvió favorablemente una peticion de las señoras y ayuntamiento de Matamoras, en el que pedian que no se fusilasen unos prisioneros te-

janos que se hallaban en aquella ciudad, y habian sido remitidos desde San Patricio, y para cuya ejecucion tenia órdenes el comandante general ecsistente en dicho punto.

El general Urrea suplicó por repetidas veces á Filisola le permitiese adelantarse con su brigada á Guadalupe, á lo que accedió previniéndole llevase consigo, en vez de las dos piezas de á 4 que tenia su brigada, las dos de á 6, únicas de este calibre que habia en el ejército, con sus correspondientes municiones, en lo que tuvo la mira de separar éstas de las de los demas calibres, para evitar toda confusion en un caso de necesidad; pero pareciéndole muy pesadas desde luego, ó tal vez por un olvido, siempre llevó las de á 4.

El mismo dia 8 asistiendo á Filisola alguna desconfianza sobre los caudales del ejército que se hallaban en Matamoras, dispuso que viniese por ellos y por los víveres que pudiese conseguir, su ayudante el teniente coronel D. Juan Cuevas.

Organizó la conduccion de municiones, equipages, víveres, enfermos, &c. y se dió la orden de marcha para el dia siguiente, con direccion tambien hácia Guadalupe Victoria; que no habiendo podido verificarse el 9 como se habia dispuesto, se emprendió la mañana del 10 tan pronto como se reunió la brigada del general Tolsa que se habia quedado sobre la orilla derecha del rio, cuidando el paso.

Esa noche vinieron á parar en el arroyo llamado de San Diego: el general Tolsa y coronel Amat, le hicieron presente, que entre el capitán D. Enrique de la Peña, y otros tres oficiales jóvenes, habian vertido algunas palabras que tendian á criticar el movimiento que se ejecutaba, siendo la primera vez que llegaron á su conocimiento, murmuraciones de esta clase.

Sin duda estos eran los resultados del mal ejemplo de uno de los generales. Hizo, en consecuencia, citar á su tienda á todos los generales y gefes de los cuerpos, y para cortar de raiz toda murmuracion, les manifestó la situacion del ejército, cuáles eran sus intenciones, reservándose, sin embargo, las especies que creyó conducentes, de una y otra clase. Despues, procedió á indicarles la murmuracion de que se le habia dado parte, callando el nombre de los que habian faltado, de los que dos se hallaban presentes; les recordó que habia una real cédula vigente, contrayéndose á la defensa de las plazas, que él, sobre su responsabilidad, haria aplicable en aquel caso; la cual previene, que en los dificiles, en que el gobernador de una plaza no se atreva á defenderla, y hubiere algun otro gefe, ó aun subalterno, que ofreciere efectuarlo, tomara inmediatamente el mando; porque él estaba muy lejos de creer que su opinion era la mejor ó mas acertada y antes por el contrario, obedeceria ciegamente al que presentase un plan de operaciones bien concertadas, que diesen un resultado feliz, ó se obligaba á llevarlo adelante, sin la menor variacion.

No hubo general, ni casi gefe alguno, que no tomara la palabra para increpar á los murmuradores, pidiendo á una voz fuesen castigados, con arreglo á la ordenanza. Los tranquilizó Filisola, y les hizo ver que aquello podia ser una produccion de sentimientos nobles y honoríficos, sin intenciones de ofenderle, ni de faltar á la disciplina, porque la juventud de todos ellos, no les podia haber dado la esperiencia suficiente para conocer lo perjudicial que son en todo ejército, semejantes murmuraciones; que por lo tanto, por aquella vez quedaban dispensados, y que esperaba que en lo sucesivo, no darian ocasion, ni ellos ni otros, de aplicarles la pena respectiva, que estaba decidido á hacer efectiva, sin consideracion á clase, ni persona alguna.

Allí le fueron robadas dos mulas de carga, los dos mejores caballos que tenia, y las dos mulas de carga únicas de las que le recogió despues en Matamoros el teniente coronel D. Juan Cuevas, de poder de D. Guadalupe de los Santos, no siendo estraño que el tal D. Guadalupe supiese del destino de las demas béstias que le habian faltado, porque su conducta no era de las mas abonadas.

En aquella noche recibió un obsequio que le remitia el general Urrea, reducido á un queso de Flandes, un bote de sardinas, otro de alcaparras, y una docena de botellas de vino de Santerde, procedentes de unas cargas de víveres particulares que remitia de Matamoros al general Santa-Anna, el general D. Vital Fernandez.

Esa noche regresaron los soldados que habia mandado á Béjar, con las órdenes para el general Andrade, de que dejamos hecha mencion, cuya contestacion venia acompañada del estado de fuerza de aquella guarnicion, y del de los medios de subsistencia y trasportes con que contaba en ella, conforme se le habia prevenido.

El dia 11 marcharon para el arroyo de la Navidad, en donde fueron á pasar la noche; el camino es casi todo por espesos bosques de encinos, y aunque no de lo mas malo, no dejaban de encontrarse algunos pedazos. Allí los esperaba un oficial, con un piquete de caballería, que conducia de orden del coronel Ugartechea, para el ejército, un poco de arroz y frijoles, y como dos mil libras de galleta, con lo que apenas hubo para racionar aquel dia á la tropa. Un oficial de artillería dió nueve pesos á un soldado, por las tres galletas que le habian tocado.

Los enfermos se iban aumentando todos los dias, de manera que se ocupaban mas de cien mulas cargadas, para conducirlos en ellas.

El dia 12 fueron á campar en la márgen derecha del arroyo de Garcitas, en una posicion verdaderamente mili-

tar. Anduvieron ocho leguas; las primeras cuatro por entre bosques de encinos y pequeños llanos, y las cuatro restantes, por un llano inmenso, y lomas casi imperceptibles; á la salida del último bosque, se detuvo Filisola para ver desfilar las brigadas y cargas; éstas iban á la cabeza de la columna, casi formadas todas de á cuatro de frente, con bastante regularidad, y sin mas claros de unas á otras, que los indispensables para que pudiesen caminar con desahogo; los batallones marchaban en columna, por mitades de compañía; la caballería de cuatro de frente, y las piezas y carros muy unidos, desfilando; sin embargo de este buen orden, y de que la marcha se verificaba por una llanura sin ningunos obstáculos, y de hallarse la brigada del general Urrea separada, ocupaban casi todas las cuatro leguas que habia de llano; tal era la multitud de mulas de carga, carruages, gefes y oficiales sueltos, porcion de arrimados de todas clases, y muchachos. En una palabra, la columna ocupaba una estension igual á la que llevaria una de 12.000 hombres; así es, que al oficial menos avisado no se ocultaba la necesidad en que se hallaban, de deshacerse de tantos estorbos, para tener la amovilidad indispensable, y dejar de ser una especie de caravana, mas bien que una division de tropas, para operar defensiva ú ofensivamente. De esta organizacion se habia propuesto ocupar Filisola, tan pronto como llegasen á Goliad, se le reuniese el general Andrade y recibiese instrucciones del gobierno, respecto de las nuevas operaciones.

Este dia, sobre la marcha, recibió un oficio del general Urrea, acompañándole otro del coronel Garay, en el que venia un parte del coronel Alcérrica, dando aviso de haber abandonado sin orden alguna á Matagorda el dia 3, por haberse presentado hostilmente al frente de aquel punto 600 enemigos, segun espresaba; y sin embargo de

que, tanto la comunicacion de Garay, como la del coronel Alcérrica eran fechadas del 3, el general Urrea la mandó con la de 12, y despues de haberlas abierto. Y como esta falta era trascendental al ejército en su marcha, porque dejaba descubierto el flanco izquierdo, se le mandó que hiciese instruir una averiguacion sumaria, sobre el acontecimiento de Matagorda, cuyo resultado no llegó á saber Filisola, mientras duró en el mando.

Por lo que despues se verá, nos parece oportuno insertar á continuacion el mencionado oficio del general Urrea, que á la letra es como sigue:

“Ejército de operaciones.—Brigada de reserva.—E. Sr.—Ya al llegar á esta villa, me entregó un correo, abierta, la adjunta comunicacion del coronel D. Francisco Garay para V. E., é inclusa en ella, la que á mí dirige el Sr. comandante del batallon de Tres Villas, D. Agustin Alcérrica; por las que V. E. se impondrá de la evacuacion de Matagorda, á consecuencia de haberse presentado el enemigo con fuerzas superiores, en aquel punto: y como del reconocimiento de sus movimientos, que mandó hacer el referido Sr. coronel Garay, no parece que subsistiera en el punto, soy de opinion que se habrá dirigido al de Brazos de Santiago y Matamoros, con la esperanza de que solo la aparicion de su escuadrilla, aun sin cometer actos de hostilidad, en razon del armisticio que hoy ecsiste, pueda ocasionar movimientos entre nosotros mismos, que tiendan á favor de la causa que sostiene, por lo que me parecia prudente, adelantar alguna fuerza en aquella direccion. V. E. resolverá lo que mejor le parezca, reiterándole con este motivo, las seguridades de mi consideracion y aprecio. Dios y libertad. Victoria, 12 de Mayo de 1836.—José

Urrea.—Escmo. Sr. general en jefe del ejército de operaciones, D. Vicente Filisola.

El día 18 llegaron á Guadalupe Victoria; y como no hay más de cinco leguas de Garcitas allí, de muy buen camino, la jornada se venció temprano.

Inmediatamente procuró Filisola hacerse cargo de su situación, y de los medios de subsistencia con que allí podía contar: halló que la población es una pésima posición militar, porque tiene al Sud el Río Guadalupe, al Este, ó á su espalda un saco formado por dicho río, y un arroyo muy encajonado y cenagoso que entra en él, y corre por el Norte del pueblo; y al Oeste ó frente, dominado por una loma, por la que viene el camino de San Felipe, que la división acababa de traer; y en cuanto á víveres, no habia absolutamente ninguno; porque los pocos que se hallaban allí situados, los habia consumido la brigada del general Urrea; en términos, que pagaron á 96 pesos carga de maiz, á 12 reales cada piloncillo, y Filisola dió 18 pesos por seis tortas de pan, que no pesarian ni dos libras cada una, que repartió entre varios compañeros; y por último, la población estaba reducida á unas cuantas casitas que no proporcionaban comodidad alguna ni alojamiento, porque fué preciso mantener la tropa campada, como si estuviera en el desierto.

A poco tiempo de haber llegado, lo fué á ver el general Urrea: le dijo algunas palabras referentes al abandono de Matagorda, y sobre el paradero de la pieza de á 12 que habia en aquel punto. Le contestó, que el coronel Alcérrica habia perdido el juicio con el pesar de la desgracia del general Santa-Anna; que habia hecho su retirada en desorden, y que el teniente coronel Holsinger se habia embarcado en un chalan, con algunos prisioneros y soldados, con el fin de salvar la pieza de á doce, y salir con ella al Cópano ó á Aranzasa, por las lagunas; que se

gun le habia dicho de oficio, temia mucho que los enemigos, que habian desaparecido de la vista de Matagorda, fuesen á dar al Brazo de Santiago ó á la boca del Río Bravo, y ocasionasen un trastorno en el Departamento de Tamaulipas, en el que, por otra parte, le constaba, segun lo que habia visto á su paso por él, la grande decision que tenian sus habitantes por el sistema federal, y por la causa de los colonos (véase su diario párrafo 7, 22 de Enero;) que ademas, el general D. Vital Fernandez, comandante general de aquel Departamento, habia dado aviso que en Nueva-Orleans y en otros muchos puntos de los Estados-Unidos del Norte, se escitaba públicamente á la juventud, que marchasen á Tejas de voluntarios, á vengar la sangre de sus compatriotas; por último, que él temia que la opinion en favor de la federacion, que habia notado en Tamaulipas, se propagase en todos los Estados; y que en consecuencia, deseaba marchar á Durango, á ponerse á la cabeza de su administracion como gobernador que era de aquel Estado, porque ya creia que trastornándose el interior, la campaña no podia llevarse al cabo. En sustancia, le dió á entender los vivos deseos que tenia de marcharse á Matamoros, como ya lo habia indicado en el oficio anterior; y como, por otra parte, tenian necesidad de asegurar la retaguardia en aquel puerto, le manifestó Filisola, que no tenia facultad para tanto; pero que para afianzar la tranquilidad de Tamaulipas, y seguridad del puerto de Matamoros, marcharia él mismo el dia siguiente, con parte de su brigada, y desde aquel punto, podia hacer al supremo gobierno las gestiones que le pudieran ser convenientes; y ademas, remitirle los víveres que hallase en aquella ciudad, y que se necesitaban para el ejército, echando mano, para su compra, del dinero que habia allí, con destino al socorro del ejército.

Por lo que respecta al teniente coronel Holsinger, con todo lo que se dice antes que llevó consigo, se supo que fué á parar al fuerte Velasco. No se sabe con certeza hasta si fué forzado para ello por los enemigos, ó si lo hizo por su voluntad.

En efecto, al dia siguiente verificó la marcha Urrea, llevando consigo su regimiento de Cuautla, los piquetes de Yucatan, los batallones de Jimenez y Tres Villas, 2 piezas de á 3, y las siguientes instrucciones:

“Ejército de operaciones.—Es muy interesante al mejor servicio de la república, y á la seguridad del puerto de Matamoros, que V. S., sin pérdida de momento, marche á dicho puerto, con el objeto indicado, llevando á sus órdenes los batallones Jimenez, Yucatan y Tres Villas, el regimiento de caballería de Cuautla, el piquete de la misma, de los activos de Durango, dos piezas de á 4 y dos de á 6, con sus correspondientes municiones. Llegado á aquella villa, se pondrá V. S. de acuerdo con el señor comandante general de los departamentos de Tamaulipas y Nuevo-Leon, para auxiliarlo; mas sin desmembrar en destacamentos, fuera de la villa, de ninguna manera, la seccion que marcha á sus órdenes; pues ella debe permanecer reunida, para emprender sin dificultad, los movimientos que en lo sucesivo puedan ofrecerse. En la comisaría general de Matamoros, debe haber, con destino exclusivamente á los haberes del ejército de operaciones, 173.000 pesos, de los que tomará V. S. los muy precisos para cubrir los presupuestos de su seccion, del presente mes y del de Junio, y lo demas se conservará allí para que se sirva remitírmela al punto que oportunamente le indicaré, como igualmente los víveres y vestuario que hubiere, con igual destino.

Como podré tal vez hacer conducir por mar á aquel

puerto, algunas cosas pertenecientes al ejército, en tal caso, con los conductores indicaré á V. S. el objeto con que vayan.

Siendo muy notorio á toda la república, la capacidad, valor, esperiencia y patriotismo que siempre le ha animado, omito hacer á V. S. ninguna indicacion sobre la conducta que deberá observar en los casos imprevistos que puedan ofrecérsele, pues estoy seguro que, conducido por tan bellos principios, nada dejará que desear ni á mí, ni al supremo gobierno, ni á la nacion; y que se servirá darme avisos oportunos, por extraordinarios violentos, de toda ocurrencia que lo merezca.

Reitero á V. S., señor general, con este motivo, las sinceras protestas de toda mi consideracion y aprecio.

Dios y libertad. Victoria de Tejas, Mayo 14 de 1836.
—Vicente Filisola.—Sr. general D. José Urrea, comandante de la reserva del ejército de operaciones.

En consecuencia, ese mismo dia comenzaron á pasar los equipages y demas cargamentos de su brigada, habiéndolo hecho verificar el dia anterior de su orden, al coronel D. Francisco Garay, con los equipages de S. E. el general Santa-Anna, y otras cargas.

El dia 14 acabó de pasar, y llegó en él á Goliad; de allí se llevó lo que le quedaba de su brigada, y el 17 llegó á la Mision del Refugio, con el objeto de llevarse, sin conocimiento de Filisola, los víveres que habia en aquel punto, conducidos por la goleta nacional Segundo Correo, y la única pieza de á 12 que le quedaba al ejército, para la defensa de la ensenada del Cópago; teniendo, ademas, la feliz ocurrencia de dirigirle desde allí á Filisola, la siguiente comunicacion:

“Ejército de operaciones.—Brigada de reserva.—E. Sr.
—En este punto me encontré hoy con el Sr. coronel D.

Juan Davis, comandante militar del puerto del Cópago, quien me ha informado que tiene en aquel toda la agua necesaria para el destacamento que lo cubre; y como esto es contrario á lo manifestado á mí y á V. E. por el Sr. coronel D. Domingo Ugartechea, creo de absoluta necesidad que se conserve en aquel puerto una fuerza que lo haga respetable; pues á mas que está al arribar á él el buque que conduce víveres desde Matamoras, estoy íntimamente persuadido de que V. E. no consentirá continúe su retirada mas allá de la línea del Rio de San Antonio, sin espresa órden del supremo gobierno; pues en mi concepto, es de sumo interes conservar esta posicion, y por lo mismo, entiendo que se reforzará el referido puerto del Cópago, con 200 infantes y dos ó tres piezas de artillería, porque no lo considero seguro con 30 dragones, única fuerza que pude quitar de Goliad, para cubrirlo.

Si el supremo gobierno mandase abandonar esta línea, ningun mal resulta de tomar la medida indicada, porque en este caso, se cuenta con tres buques que con facilidad y con menos costos trasportaran la artillería y aun la tropa, si así se resuelve, para Matamoras, ú otro punto de la costa.

Me es satisfactorio repetir á V. E. las seguridades de mi distinguido aprecio y respeto.

Dios y libertad. Mision del Refugio, Mayo 17 de 1836.
—José Urrea.—Escmo. Sr. general de division D. Vicente Filisola, en gefe del ejército de operaciones.

El coronel Davis habia informado mal al general Urrea, porque, en efecto, en el Cópago no habia agua, mas de cuando llovia; y los demas dias, les era preciso ir por ella la punta del encinal de la Bera, en botes, pues por tierra, habia mas de veinte leguas.

Como ya dejamos dicho, Urrea, al mismo tiempo que aconsejaba conservar el Cópago, se llevaba la única pie-

za que el ejército tenia para defenderlo, y aun los mismos 30 dragones con que decia haberlo cubierto, y ademas, dispersaba los habitantes, con divulgar que el ejército, segun la órden del general Santa-Anna, se iba á retirar hasta Monterey. Por otra parte, Urrea aconsejaba á Filisola, observar la conducta que le habia oido proponerse mil veces de su misma boca, esto es, aguardar las órdenes del gobierno, en la línea de San Antonio: y como hemos visto, aquel mismo dia no se ocupaba de otra cosa, mas que en hacer efectivo aquel propósito; pero cuando Urrea le daba tan saludable concepto, ya tenia segura su marcha á Matamoras, en donde esperaba ir á estar en la abundancia con los 155.000 pesos que allí habia, aunque el ejército pereciese en la miseria. No era menos feliz la ocurrencia de que el ejército, con todo su material, en todo evento se podia embarcar en el Cópago, para Matamoras ú otro punto de la costa. En el Cópago no existian mas que las dos goletas nacionales, Segundo Bravo, y Segundo Correo; pero aun cuando hubiese habido cuarenta buques de su porte, seguramente no hubiera bastado ni siquiera para poder trasportar la sola infantería del ejército, y mucho menos su inmenso material y artillería, aun cuando se hubiera aventurado á hacer marchar por tierra á la caballería y mulada de tiro y carga, esponiéndola á morir de hambre y sed en el desierto, si como sucede frecuentemente, ocurría una seca de algunos dias; estos son los hombres que muchas veces han querido conducir á su patria segun su antojo.

El general Filisola, como debia, despreció aquella charla, contestándole evasivamente; pero en carta particular, no pudo menos de estrañarle sus procedimientos, relativamente á los víveres, los treinta dragones, la pieza de á 12, los encargados de la proveeduría que se trajo sin que rindiesen las cuentas de lo que habian manejado, y

respecto á la retirada que suponía, dispersando con tales especies, los pocos habitantes y recursos que habian quedado. Filisola hubiera mandado el regreso de todo á Goliad; pero ya Urrea estaba mas acá del Rio de las Nueces, y temió dar motivo á un acto de inobediencia, bajo ningun pretexto, por frívolo que hubiese sido.

El mismo dia 17 de Mayo, llegó el general Urrea con su seccion, al pueblo de San Patricio, situado sobre la márgen izquierda del Rio de las Nueces, habiendo hecho una marcha doble de las que las tropas acostumbran: allí se encontró al teniente coronel de ingenieros, D. Luis Tola, que con otro oficial del mismo cuerpo, iba á incorporarse al ejército; y Urrea, segun se infiere del siguiente oficio, le mandó contramarchar á Matamoros, con el pretexto de que, debiendo retirarse el ejército hácia Monterey, seria mas útil en aquel puerto, y Brazo de Santiago: hé aquí el oficio citado:

“Seccion de ingenieros.—Escmo. Sr.—Al llegar á San Patricio, el 17 de Mayo, supe por los oficiales de la brigada, al mando de V. E., que todo el ejército se retiraba de Tejas, y marchaba á Monterey, y es positivo pasé á visitar á V. E., con objeto de informarme si era cierta la retirada, y consultarle si esta circunstancia me podria evitar andar mas inútilmente, pues regresando á esta ciudad, desde ella podia pasar á Monterey. V. E., al confirmarme la noticia de la retirada, dispuso, en vista de mis observaciones, contramarcharse yo reunido á su brigada, con el subalterno que venia conmigo; añadiendo que mis servicios podian ser mas útiles en el Brazo de Santiago, y leyéndome á poco rato la carta que V. E. dirigió aquella misma noche al Escmo. Sr. general Filisola, en que le manifestaba, que si lo dispuesto no era de su aprobacion, siguiera yo adelante. Casi al mismo tiempo de

llegar á esta ciudad, corrió muy válida la voz de que el ejército suspendia su marcha, é iba á fijarse en Goliad, y fué por lo que creí deber dirigir á dicho señor general mi oficio de 30 de Mayo, en que le noticio haberme vuelto por disposicion de V. E., porque de otro modo, es claro que nunca lo hubiese podido verificar; y como mi marcha á Goliad podia ser detenida por la consideracion de los trabajos que en este punto pudieran emprenderse, manifesté tambien la circunstancia de hallarse en él otro gefe comisionado de mi cuerpo. He visto la representacion del Escmo. Sr. general D. Vicente Filisola; y lo que asienta en ella, relativo á la fortificacion de Béjar y Goliad y el Cópano, del que debia encargarme; pero V. E. y yo sabiamos el dia 17 de Mayo, que estos puntos se habian abandonado, y que el ejército se replegaba detras de la línea que hoy ocupa; por lo que entiendo, que jamas será un cargo para V. E., lo que se alega en esta parte de la citada representacion.

Creo, con lo espuesto, contestar la nota de V. E., fecha 1.º, y le suplico admita las protestas de mi distinguida consideracion y aprecio.

Dios y libertad. Matamoros, Octubre 3 de 1836.—
Luis Tola.—Escmo. Sr. general de brigada, D. José Urrea.

En fin, Urrea continuó su marcha á Matamoros, con el desórden y precipitacion que tenia de costumbre, al grado que cuando hizo el general Gaona la misma marcha, casi un mes despues, encontró varios cadáveres de soldados, que mandó enterrar. Dejémoslo por ahora en Matamoros y volvamos al general Filisola, que dejamos en Guadalupe Victoria.

Uno de los Leones, vecino del mismo Guadalupe, se presentó aquel propio dia al general Filisola, y le hizo presente que el rebelde Dimmite que estaba en las inme-